



EL COLOR DE LOS DÍAS

JUAN SERRANO



MURCIA

2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“El color de los días”

© Juan Serrano, 2020

© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2020
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.

Fotografía portada: Juan López Bermúdez.
El hermano sol. Cántico de las Criaturas

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-121932-2-0
Depósito legal: MU 509-2020

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Aclaración.....	7
A modo de introducción.....	9
1. Década Roja. 1960-1970.....	21
2. Década Naranja. 1970-1980.....	29
3. Década Amarilla. 1980-1990.....	109
4. Década Verde. 1990-2000.....	183
5. Década Azul. 2000-2010.....	209
6. Década Violeta. 2010 y ss.	233
Anexo: Descifrando Nombres y Siglas.....	269
Agradecimiento.....	283

Aclaración

En un principio pensé no incluir en este Diario dato alguno que revelara a su autor. Descabezar, despersonalizar, someter el texto al anonimato consideraba era la mejor manera de universalizar y hacerlo extensivo a otros hombres y mujeres que pudieran verse identificados con los hechos-sentimientos que aquí se relatan. Y ya dentro del anonimato, me hubiese cambiado incluso el nombre. En lugar de llamarme Juan, me llamaría Julián, mi nombre de guerra en la clandestinidad. Pero consideré que esto sería una imbecilidad, un esperpento, como lo fue cuando nos cambiamos el nombre de pila para no poner en peligro, en caso de represalias policiales, al resto de la organización. Aquello me pareció un juego de niños. Dadas las circunstancias cercanas y archiconocidas de nuestro entorno, carecía de utilidad alguna. Daba risa. Era de locos. Como loco y descabellado lo fue también aquel tiempo de dictadura y represión en el que transcurre buena parte de este Diario.

Trascender las vivencias personales proyectándolas históricamente a un contexto más generalizado, sacarlas de su individualismo, así como desvestirlas de mi fatua vanidad, tal vez hubiese sido más correcto y sugerente, menos engreído. Pero considero

que esta tarea es más propia de analistas, historiadores, sociólogos, o incluso psiquiatras que, a partir de experiencias personales, extrapolan, deducen principios generales que luego pueden beneficiar a un determinado colectivo o a la misma sociedad en su conjunto. Tiempo tendrán éstos ahora, si es que leen estas memorias, de sacar sus conclusiones o apreciaciones curriculares.

Así pues, a riesgo de que este Diario se vea reducido a un intimista anecdotario, me deshice de mi pudor y decidí llamar a las cosas por su nombre. Nada de ficciones. Como todo Diario, éste es auténtico y sincero, no sé si ajustado a la verdad objetiva. Lo que sí puedo decir es que responde a una realidad particular y emocionalmente vivida y, que en su momento, me fue tan querida, que quise escribirla para que no se me borrara con los años. Relatar la vida puede resultar, a largo plazo, más valioso que la vida misma. Nuestra vida, tarde o temprano, acabará, pero no si la datamos por escrito. ¿Acaso hoy sabríamos de la existencia de Troya, si Homero no hubiese escrito la *Ilíada*? No es mi propósito que *El color de los días* traspase las fronteras del tiempo, además de iluso, sería un estúpido. Lo único que pretendo con este libro es demostrarme a mí mismo que la eternidad, si existe, está precisamente en el presente que vivimos.

Por último, tan sólo una salvedad. En aquellos casos, muy pocos, en los que pensé que algunos hechos no resultarían bien ajustados, o algunas personas no se sintieran bien consideradas en estas páginas, me permití, no sólo cambiar sus nombres, sino fabular o retocar los hechos, pero no hasta el punto de dudar de su credibilidad.

A modo de introducción

En uno de mis últimos encuentros con Juan Serrano, me dejó caer que tenía escrito unos apuntes autobiográficos, bajo el formato literario de un diario, unas notas que había ido recogiendo a lo largo de toda su vida. Nunca me había hablado de estos textos. Así que no tardé ni una décima de segundo en contestarle que me los enviara. Más, cuando dada la excelente calidad de su pluma, en nuestros múltiples, habituales y personales debates y discusiones, sobre Literatura, Política e Historia, mantenidos a lo largo de estos años, siempre le había animado a que pusiera blanco sobre negro, su experiencia vital, acerca de la realidad social y la trayectoria sindical, política, que él y otros muchos, desde el inicio de la década de los setenta del siglo pasado, habíamos protagonizado, durante el franquismo, en la lucha por la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores y las trabajadoras murcianas, tanto en la Unión Sindical Obrera (USO); como posteriormente en la Unión General de Trabajadores (UGT), tras las primeras elecciones democráticas de junio de 1977.

La poliédrica y valiosa reflexión que nos ofrece Juan Serrano sobre su vida tiene un carácter esencialmente personal. Inevitablemente contiene elementos históricos, políticos, filosóficos, e ideológicos

que pueden ser comunes a los hombres y a las mujeres de su generación. Pero va más allá del tradicional género autobiográfico, cuando nos ofrece sus más profundas, sinceras e íntimas reflexiones, compartiendo sus dudas, sus angustias, sus esperanzas, e incluso sus limitaciones, sorteando además cualquier tentación hagiográfica y asumiendo sus luces y sus sombras, sus aciertos y sus errores, sus éxitos y sus fracasos, que quizás, desde mi personal punto de vista, constituyen el mayor atractivo de este libro.

En este sentido, intentando facilitar mejor la comprensión de la dialéctica y la reflexión personal y permanente, que Juan establece con la cambiante realidad social y política que le rodeó, en las distintas etapas de su vida, permítase a este historiador, aportar un breve bosquejo del contexto histórico y social, al recorrido que nos propone Juan Serrano.

Juan Serrano forma parte de una generación que hoy frisa los setenta y se va acercando a los ochenta años. Estos hombres y mujeres, iniciaron su primera andadura y su compromiso en el ámbito de la lucha obrera y democrática, en las huelgas de 1962 que tuvieron lugar en la Región de Murcia (Bazán, Española del Zinc, Explosivos Río Tinto... las Sierras mineras de Cartagena, La Unión y Mazarrón; Murcia, Molina de Segura, Ceutí, la conserva; Cehegín, etc.). En su mayoría eran militantes de los movimientos católicos de izquierda y del PCE, que compartieron plataformas de acción e incluso militancia política antifranquista en la reconstrucción del *Nuevo Movimiento Obrero*.

Juan Serrano formó parte de la *segunda ola* de este movimiento que comenzaron los del 62, a finales

de los sesenta y principios de los setenta, ya en la USO. Allí se generalizó y tomó cuerpo cada vez más organizado, una nueva etapa de transformación profunda de las estrategias y actitudes de la lucha antifranquista en Murcia y en toda España.

Uno de los juglares de la *Nova Cançó*, el cantante valenciano *Raimon*, expresó con manifiesta claridad, el espíritu que animaba a estos hombres y mujeres:

D'un temps, d'un país (1964).

D'un temps que ja és un poc nostre

(En un tiempo que ya es un poco nuestro
d'un país que ja anem fent ...

En un país que ya estamos construyendo...

Lluny som de records inútils

Llenos estamos de recuerdos inútiles
i de velles passions,

y de viejas pasiones,

no anirem al darrera

no iremos detrás

d'antics tambors

de antiguos tambores)

Jóvenes entusiastas, en buena parte autodidactas porque carecían de maestros y referencias, se vieron convertidos en hijos e hijas del *Mayo 68* y del *aggiornamento* de la iglesia católica que presidió el *VATICANO II*, aunque hoy, pueda aparecer antitético y contradictorio. Asimismo, en su diario quehacer por cambiar las cosas, además de la tradicional lucha en las fábricas y los tajos; consiguieron ampliar y vehiculizar su actuación más social que política, a través de los nuevos movimientos sociales. Las

reivindicaciones y necesidades de los abandonados barrios obreros; las nuevas corrientes pedagógicas y la universalización del derecho a la educación; la democratización de la Escuela y la Universidad; la progresiva extensión de la sanidad pública y las pensiones; el feminismo, la ecología, etc.

Al mismo tiempo, desde el forzado y extremo aislamiento cultural, político y social, a que nos veíamos sometidos los españoles y españolas de la época, a causa de la censura y la falta de libertad de expresión y de imprenta, esta generación necesitaba confrontar sus experiencias y métodos de actuación, con los nuevos cambios que se estaban produciendo en el mundo que les rodeaba: la *NO VIOLENCIA* de *Martin Luther King*; los cambios en el espacio socialista, *Willy Brandt*, *Olof Palme*, *Mitterand*, *Allende*, etc.; la naciente visualización del pluralismo del movimiento comunista que nos ofrecía la *Primavera de Praga*, el eurocomunismo de *Enrico Berlinguer*, la *guerra del Vietnam*, la *Revolución Cultural* maoísta, así como el desarrollo de la *Revolución cubana*, con el *CHE* como figura emblemática y *santo laico* aceptado sin discusión por todos y todas; la *Revolución de los claveles* en Portugal; y un larguísimo etcétera.

En este libro, Juan Serrano comparte con nosotros sus impresiones en sus viajes a Francia e Italia, provocados por la extrema necesidad de respirar y oxigenarse con nuevos aires e ideas. Como otros muchos, se sumergió como trabajador, ciudadano, en el ambiente social, la vida, la política, la cultura y la filosofía europea. Ocupó su trabajo y su tiempo, en la búsqueda y reflexión sobre su experiencia

vital y cultural, yendo más allá del ámbito de la organización y defensa de los trabajadores, aunque prestando especial atención a la interesante experiencia sindical unitaria italiana, nacida del «*autunno caldo*», el «*otoño caliente*» italiano de 1969, hijo del mayo 68 francés, especialmente en aquellos momentos en los que se abrían nuevos caminos en la acción sindical europea, tanto en Italia, como en Francia, o en un Portugal que salía de la dictadura, con un modelo sindical, la *Intersindical*, que al menos había que estudiar.

A la luz de sus propias manifestaciones, los dos ejes principales del protagonismo y participación directa de Juan Serrano en la lucha político-sindical antifranquista fueron:

En primer lugar, su perseverante trabajo en la organización, movilización y dirección de los trabajadores de la construcción, que desembocó en la histórica huelga provincial de la construcción de 1975, que siguieron unos 25.000 albañiles, durante más de un mes, con diferencia la más importante, hasta ese momento, que mantuvieron los trabajadores murcianos, durante el franquismo. Esta actuación era clandestina en su aspecto organizativo, e ilegal cuando forzosamente se abrió al contacto con los trabajadores. A Juan Serrano, como a otros muchos le conocían los albañiles, pero inevitablemente también la policía.

En segundo lugar, su contribución a la edición, confección y publicación, a partir de 1973, del periódico mensual *A LOS TRABAJADORES*, que llegó a alcanzar, con ámbito provincial, hasta 2.000

ejemplares mensuales; seguido más tarde por el *MURCIA OBRERA*, en 1975. El funcionamiento del aparato de propaganda operaba en la mayor clandestinidad posible pues constituía el objetivo más importante de la policía Político-Social franquista, que en este caso nunca llegó a descubrir y mucho menos desmantelar, a pesar de las numerosas detenciones que realizó con este fin. Juan Serrano, Aquilino Zapata, Ginés Martínez (a) *el Garrando*, junto a otros muchos, consiguieron despistar y ocultar a la policía, los múltiples lugares de ubicación de la multicopista, contrayendo importantes riesgos personales, como asumieron Juan Pedro Martínez Alcaraz, quién en aquellos momentos en la mili, y su mujer Tere Navarro.

Aunque el entonces Gobernador Civil (enero 1970-julio 1973), Enrique Oltra Moltó, siniestro personaje de larga trayectoria franquista, fue también gobernador de Álava y Guipúzcoa, utilizando los poderes excepcionales que le concedía su cargo, multó y encarceló, sin juicio alguno, a algunos de los que creían que eran sus responsables, entre ellos el propio Juan Serrano, Aquilino Zapata, Pedro Sánchez y Gaspar Blanco. Junto al *P'ALANTE*, que les precedió, en Cartagena, en 1970-71, estas publicaciones constituyeron las voces, más importantes del movimiento obrero murciano, entre 1970 y 1975.

Permítaseme incluir el contexto social e histórico de la iglesia a la que Juan Serrano perteneció, ya que también constituye un elemento significativo de su vida y su reflexión, entenderemos así mejor, aquella época. Juan, fue uno de los 83 curas, que

en la Diócesis de Cartagena-Murcia, formaba parte del clero secular declarado «*activamente desafecto al Régimen*», por un *Informe del almirante Carrero Blanco*, de marzo de 1973. Este Informe trataba de analizar y señalar la situación de la Iglesia Católica española y sus desavenencias con el franquismo, un año después del ascenso a la presidencia de la Conferencia Episcopal del Cardenal Enrique y Tarancón. Carrero era entonces Presidente de Gobierno de Franco.

Una idea del alcance de la disidencia que representaba este diverso y plural grupo de curas, nos lo da su proporción, 22,5%, respecto al número total de sacerdotes en la diócesis que ascendía a 387. Es decir, uno de cada cuatro o cinco curas murcianos formaba parte, de la «*vanguardia extremista de activistas contra el Régimen*», en lenguaje literal del informe; poco acostumbrado a que una parte significativa de la iglesia católica, aliada tradicional e incondicional de Franco, desde 1936, le fuera abiertamente desafecta. Este dato, muestra el protagonismo de los «católicos de izquierda» murcianos, en la acción educativa, universitaria, social, sindical y política, quienes junto a los comunistas (PCE, ORT, etc.) y socialistas (USO) constituyeron, con carácter general, hasta 1974, el núcleo esencial de la oposición franquista en Murcia. A partir de esa fecha, entraron a formar parte otras fuerzas políticas y sociales como los socialistas (PSP, PSOE, PSRM), o los democristianos de Ruiz Jiménez (ID).

La provincia de Murcia no fue precisamente una balsa aceite, durante aquella época, aunque

obviamente no llegó a los niveles de conflictividad de Asturias, Cataluña o el País Vasco. Siguiendo el rastro de los informes franquistas, en el correspondiente a 1971 del Gobierno Civil de Murcia, registra 900 conflictos político-sociales (Carestía de la vida, Crisis del franquismo, Orden Público, Barrios, etc.); los despidos en los conflictos laborales afectaron a centenares de trabajadores y trabajadoras; las detenciones y multas gubernativas ascendieron a casi doscientas cincuenta; y los que acabaron en prisión en el contexto de las luchas sociales y los *Estados de Excepción* de 1969 y 1970 fueron aproximadamente un centenar de militantes comunistas (1964 y 1970), socialistas (1972), cristianos, seglares o sacerdotes.

A partir de 1977, la dialéctica entre la prioridad y necesidad del fortalecimiento y consolidación de los aparatos sindicales y la pérdida progresiva de la dinámica de servicio y atención directa a los trabajadores, que caracterizó, con todas sus limitaciones, al período pre-democrático, constituyen uno de los elementos más interesantes de las reflexiones que nos plantea Juan Serrano, con su natural resistencia personal al ejercicio del liderazgo testimonial y reivindicativo que si bien asumió plenamente, en primera línea, durante la dictadura franquista; en el período democrático, fue alimentando negativa y progresivamente su rechazo y desconfianza hacia el nuevo burocratismo que comenzaba a impregnar los aparatos sindicales, hasta provocar su abandono del compromiso sindical directo.

En enero de 1977, tres meses antes de la consecución de la libertad sindical y cinco meses

antes de las primeras elecciones democráticas, en pleno torbellino de la organización y estructuración de los partidos y sindicatos que constituirían una de las bases esenciales del sistema democrático; Juan Serrano confiesa: «No sé si va conmigo dedicarme a esta tarea organizativa». En mayo de 1977, anticipó su sincera e inequívoca renuncia a formar parte de los órganos de dirección nacional de la USO, incluso antes de su dolorosa experiencia durante la escisión de dicha organización en los meses posteriores; por último su voluntario paso a segundo plano, ya desde la UGT, en la organización y dirección de la segunda huelga de la construcción (1978), tan importante como la primera; todo ello sin merma de su compromiso y apoyo a los albañiles. En abril de 1981, cuando sus compañeros le pidieron que pintara los carteles de la Manifestación del Primero de Mayo, manifiesta con tristeza: «Mi compromiso sindical se ha visto reducido a confeccionar la pancarta de la manifestación...» y escandalizado afirma: «... y me querían pagar por el trabajo». No se puede decir más, en menos palabras.

Juan se replanteó entonces, profesional y socialmente, su compromiso en el mundo de la educación, como maestro y su compromiso ciudadano de barrio. Asimismo, recupera el tiempo que durante su compromiso sindical, añoraba dedicar a Mari Carmen y a sus hijos. Juan seguirá la vida sindical y política institucional más como espectador, que como actor, con su permanente compromiso con la vida educativa y la acción social, en su entorno más inmediato, en Los Rosales. No obstante, una parte significativa de sus amigos y amigas seguíamos comprometidos activamente en la vida política y

sindical, aunque a fuer de sincero, cada vez éramos menos. Todo ello contribuía al enriquecimiento de los innumerables debates y discusiones que formaban parte inequívoca de nuestros múltiples encuentros. En realidad algunos fuimos partícipes y contendientes en algunas de estas reflexiones.

Al mismo tiempo, tal como nos muestra en este libro, Juan se nos iba revelando como un literato de prosa y verso reflexivo, crítico y comprometido, respaldado por su vida, la vida de un hombre de acción y sobre todo de reacción frente a la injusticia y la situación de los más pobres y necesitados. Luchó hasta dónde pudo contra la continua llamada de una profunda vida interior que apelaba más al sosiego que al desempeño de liderazgos orgánicos o institucionales que la realidad social le ponía delante.

No es sólo un activo y comprometido sindicalista el que nos escribe, sino un hombre de su tiempo que coloreó su vida como miembro de la resistencia sindical antifranquista, como sacerdote católico comprometido con los trabajadores, como preso político, como padre de familia y como testigo crítico de nuestro sistema democrático desde prácticamente su institucionalización. Gracias Juan por tu testimonio.

Antonio Martínez Ovejero

*Proletario que mueres de universo,
¡en qué frenética armonía
acabará tu grandeza, tu miseria,
tu vorágine impelente, tu violencia
metódica, tu caos teórico y
práctico, tu gana dantesca,
españolísima, de amar,
aunque sea a traición a tu enemigo!*

César Vallejo. España, aparta de mi este cáliz.

1 Década Roja. 1960-1970

Junio. 1966

Si tuviera que poner color a este momento, sería el blanco y el negro. El negro del sufrimiento y el blanco esperanzado de las páginas de este Diario. Fábrica de Galindo. Primer día de trabajo. Si me comparo con mi padre o con mis hermanos, muy tarde llego yo a este mundo, otro mundo nuevo y desconocido para mí. Ellos, a la edad de once años, ya estaban currando. Esta empresa, la más grande de Alcantarilla, está junto al paso nivel. Se dedica a hacer envases de madera para la fruta de exportación. Siete de la mañana. Acudo pletórico de mística y exaltación. ¡Por fin, mi oportunidad ansiada! Poder vivir mi compromiso, ser alma y carne con el proletariado en su propia metamorfosis, fundirme como crisálida con esta gente, para luego, todos juntos, echar a volar como hombres libres... Mi alegría y satisfacción no se corresponden con las caras largas y estiradas que a mi alrededor contemplo. Unos cuantos trabajadores ya sudan en lo alto de un camión la gota gorda. Descargan pesados troncos para llevarlos al torno. Muy educado y, no pudiendo contener mi entusiasmo, al verme allí, hermanado con ellos, saludo en voz alta a los compañeros que todavía conozco: *¡Buenos días!* -les digo. *Tú a mí, señoritingo del pijo, me vas a tocar los cojones,* -me responde el más desenvuelto. Primera lección: no es lo mismo

hilar que darle teta al nene. Tendré que deshacerme de posturas paterno-redentoristas, y por tanto, humillantes.

9 de octubre. 1967

Una suave lluvia remoja el pequeño jardín de enfrente. La yuca está seca. No va tampoco la palmera de la parte de atrás. Anda aburrida y desgreñada.

Me entero por la radio que el Che ha sido ejecutado por el ejército de Bolivia en colaboración con la CIA. Un pájaro repicotea unos viejos trozos de pan reblandecidos. Parece haber tomado confianza la débil avecilla. Me dirijo al trabajo. Estamos terminando de frotasar la parte posterior de un edificio, junto al Corte Inglés. Desde casa a Murcia, hago el trayecto en bicicleta. Media hora. Mientras pedaleo, observo el verde llorar del rocío de los naranjos, el luto entristecido de las merlas, el rojo pálido de la flor del hibisco entre las rejas de algunas viviendas a la orilla de la carretera, el amargo aroma de la alfalfa recién cortada, el llanto de la tierra mojada, los mocos de un niño colgando alegres... No sé por qué siento vergüenza de este mi pensar poético. Seguro que si el Caramula, mi compañero de andamio, se enterara de mis emociones, me diría que soy un flojo:

*La construcción lo que necesita son hombres bra-
gados, decididos a partirse el pecho por un conve-
nio justo, por los compañeros despedidos...
Déjate, Juan, de trovos y versos. ¡Ñoñerías!*

De vuelta, no se me va de la cabeza la muerte del Che Guevara. ¿Acaso no fue la poesía, *cargada de futuro*, la que al revolucionario le dio fuerzas para entregar su vida por los pueblos oprimidos?

*Descansa en paz, Vieja María,
descansa en paz, Vieja luchadora,
tus nietos todos vivirán la aurora,
Lo juro.*
(El Che)

Verano. 1968

En Nanterre parece amanecer de nuevo. Tiempo de revueltas en Francia. Ilusionados, Juan Abenza, Aquilino y yo llegamos a París en autoestop. Son nuestras vacaciones. Tenemos 23 años. Por genética impulsados somos a tomar partido en esta noble causa. Nuestro deseo es sumarnos a las reivindicaciones obreras y estudiantiles que conmueven el país galo y, de rebote, al mundo entero. Queremos conocer a los líderes de este movimiento universitario que está plantando cara al capitalismo. Nosotros también queremos cambiar este desajustado sistema. *Abolition de la société de classe*. En la Sorbonne asistimos a una asamblea de estudiantes. Jacques Sauvageot tiene la palabra: *La parole est á nous*. La palabra liberada. Los aplausos resuenan a triunfo. Estudiantes y obreros unidos. Los universitarios respaldan las huelgas de los trabajadores. De Gaulle, a pesar de haber ganado las elecciones del 30 de junio, tiene los días contados.

Diciembre. 1968

Por ahora, trabajo en la fábrica de Caride, una conservera de frutas. Recibo una llamada del Obispo por la que acceden a ordenarme sacerdote, sin tener que renunciar a mi condición de trabajador, tal como le hice saber al Obispo en su día: *De acuerdo*,

don Miguel, quiero ser cura, pero para mí el sacramento del Orden no está por encima del sacramento de ser obrero y persona.

Enero. 1969

Establezco mi residencia en las Cuevas de la Rambla, la Alberca. Junto con mis compañeros Aquilino y Cayetano mandamos una carta al Obispo en la que renunciamos a la paga que Franco asigna mensualmente al clero. Preferimos vivir de nuestro trabajo y no manchar nuestras manos con la sangre del dinero que viene de un dictador. Le decimos, además, que en la medida en que nos corresponde desearíamos que ese dinero no fuese reutilizado en otra cosa, sino que sea devuelto para que así conste nuestra disconformidad con el contubernio entre la Iglesia y Estado.

Enero. 1969

En el Cigarra. Me tomo un café. Alguien me saluda. Me habla de un grupo de personas que, tanto a nivel nacional como regional, intentan constituirse en un sindicato, por ahora ilegal y clandestino. Me da nombres que conozco, para avalar así mejor sus palabras: Eugenio Royo, Zufiaur, Enrique Cabezas, Paco Solano... El bar está abarrotado. Tres o cuatro músicos un poco empinados en un entarimado improvisado hacen virguerías con sus ruidos y sonos. Los esqueletos de los presentes saltan como resortes eléctricos. El Garrando, que así se hace llamar, amistosamente me coge del brazo. Conseguimos hacernos un hueco al fondo del garito. Nos sentamos. Este hombre es un pesado. Insiste en que debo consi-

derar su propuesta de unirlos, *a su célula*, dice exactamente. Me levanto confundido. Me excuso diciéndole que voy a la barra por un cubata... No sé por qué me tiemblan las piernas. Si en realidad esto es lo que más deseaba desde que hice mi elección por el mundo obrero.

Febrero. 1969

Colegio Mayor de Las Carmelitas. El salón de actos está abarrotado por una multitud entusiasmada, no sólo por la música, sino por todo aquello que huele a desmantelamiento del Régimen. Todo este tipo de celebraciones culturales son utilizadas para expresar y canalizar el descontento por la Dictadura. Es la única manera que tiene la oposición de blanquear su protesta. Escucho a Luís Pastor: *Están cambiando los tiempos*.

Cada día que pasa siento más la necesidad de incorporarme a algún colectivo comprometido por salir de este sistema absurdo, de este *agujero* que nos niega las libertades más elementales. Tendré que ir a ver al Garrando.

3 de marzo. 1969

Consigo trabajo en Captesa, una obra en el centro de Murcia, enfrente del colegio de Jesús María. El constructor, de mote *el Chichones*, es un joven emprendedor, arriesgado. Sus orígenes son humildes. Se crio en el orfanato, en la Casa de la Misericordia. Se ha hecho a sí mismo. Los números se le dan de maravillas. Relacionado con gente de la HOAC. Tal vez por ello me admite en su empresa. Ya en las primeras semanas, descubro ciertas irregularidades

en las nóminas de mis compañeros, en el número de las horas extras no contabilizadas, en los destajos, que no se ajustan a las Ordenanzas Laborales. Me entrevisto con él en su oficina. Sin venir a cuento, abre el cajón de la mesa de su despacho y me enseña sin más una pistola como advirtiéndome calladamente que yo no soy nadie para venir a reclamarle nada. Me dice además que le soy más útil si me quedo en mi casa, que él, por supuesto, durante el tiempo que dure el contrato que ha firmado conmigo, me hará llegar puntualmente el jornal todas las semanas. Le respondo que yo también soy un caballero y que pienso acudir a las ocho en punto cada mañana a su obra.

31 de marzo. 1969

Como era de esperar, ayer mismo recibí el despido del *chichones*. Hoy he pedido cita con los servicios jurídicos. Acabo de llegar de la CNS. El abogado laboralista me habla de la posibilidad de ganar el juicio por despido improcedente. Por supuesto he firmado la correspondiente denuncia.

Abril. 1969

Vivo por un tiempo en la Tienda Asilo, un albergue regentado por monjas de san Vicente. Un tugurio de indigentes y desahuciados, alcohólicos e inadaptados. Comparto plato, cama y conversación con estas personas contra quienes la Ley de Vagos y Maleantes se ha cebado de mala manera. Andan aquí retenidos bajo la vigilancia de un guardia municipal. Otros vienen voluntariamente en busca de caridad. La Cocinilla, que así se llama esta casa, es

por lo pronto mi hogar. Aquí mismo, bajo esta sagrada tapadera, celebramos las Asambleas de Solidaridad, reuniones periódicas que mantenemos entre los diversos sectores del mundo vecinal, progresista, obrero y apostólico (JOC-HOAC) de nuestra ciudad por ver la manera de mantener encendida la llama por las libertades y el cambio. En connivencia con una de las monjas, guardo algunos de los materiales comprometidos, como propaganda, libros y la máquina de escribir que utilizamos exclusivamente para uso de propaganda. Aquí también tenemos nuestra reuniones de la célula de la construcción.

Junio. 1969

Esta mañana recibo la visita de dos inspectores de la policía. Van de paisano. Muy educadamente me informan de que en el Seminario Mayor se ha cometido un robo. *Del cajón de la mesa del rector -me comunican- se han llevado una importante suma de dinero.* Y añaden (tal vez mintiéndome): *ha sido el mismo rector el que nos ha dicho, que tal vez usted lo haya robado. Con tal de blanquear el dinero que Franco da a los curas, usted prefiera emplearlo ayudando a esta gente necesitada de la Coccinilla.* Por su puesto, tanto las palabras de los inspectores como las suposiciones de don Jesús Abenza (el rector) me han dejado de piedra.

